

EXORCISMO Y GLORIA

MUY a menudo, frente al mundo terrible y doloroso donde millones de seres humanos mueren de hambre, donde existen países oprimidos, donde se cometen toda clase de injusticias, cuántas veces nos preguntamos por una solución adecuada.

En tales circunstancias, inevitablemente hay quien piensa en reemplazar la literatura por las armas. Pero un criterio así no es válido para el arte: significaría su abolición y muerte. ¿Qué haríamos con las *sinfonías* de Beethoven, con la música de Mozart, con la escultura griega, con la pintura del Renacimiento?

No es lícito pedir a la obra de arte un compromiso fáctico. Las obras de arte obedecen a causas íntimas de la condición humana y son válidas en sí mismas. ¿Cómo exigir un compromiso a un sueño? Los sueños, el arte en definitiva, salvan al hombre, impiden su locura, ya que la existencia es en sí misma una alienación. Los sueños son ambiguos, terribles generalmente, y no a pesar de ello, sino por eso mismo resultan útiles.

La tragedia enseña, es didáctica. La literatura de ficción tiene muchos puntos de contacto con el sueño individual, las raíces son las mismas, los orígenes de toda literatura profunda están en el subconsciente, tienen provocaciones, similares estímulos, similares realizaciones.

El hombre que escribe una novela profunda escribe para la comunidad, es un sueño colectivo. Esa especie de vómito es útil y catártico, sirve al lector, sirve al pueblo, misión última de la literatura, porque una gran literatura implica una verdad profunda, verdad no matemática en el sentido científico, verdad espiritual.

Estas ideas no se refieren, evidentemente, a esos «best-seller» que inundan los quioscos y que perverten el gusto literario.

La verdad, como el sueño, no es sinónimo de claridad, sino de ambigüedad. Los sueños hablan de una realidad como un lenguaje único para expresar ese enigmático mundo, homenaje ambiguo, polisémico, discutible, provocador de interpretaciones varias conforme a la infinitud de lecturas verificables. En esa búsqueda de la verdad carece de sentido la interpretación, no se puede explicar un sueño, sería establecer en conceptos claros y netos una realidad oscura. Un sueño expresado en un homenaje racional, por tanto claro, ya no sería la expresión de aquel misterioso mensaje recibido del inconsciente. Aquí no valen ciencias ni objetivismos positivistas, aunque por influencia del

positivismo y neopositivismo se haya tendido a una *ciencia de la literatura*, que sería tanto como decir una *ciencia de las pesadillas*.

En tanto que autor, pediría recibir el manuscrito como un mensaje misterioso.

Aquí conviene dejar constancia de que la tarea divulgativa, el método ciceroniano sería válido para enfocar la literatura, mucho más que el crítico exegético empleado con tanta seriedad y escasos resultados.

Porque es preciso indicar que existen dos estadios claros dentro del ámbito de la literatura: el estético y el metafísico. Quizá el término *metafísico* conduciría muy lejos si lo predicamos de la pintura o



DE LA LITERATURA

la música, pero no en cuanto a literatura se refiere.

Hablo particularmente de literatura de ficción, los personajes poseen ideas, malas o buenas, pero ideas en suma. Una combinación de pensamiento racional y de fondo profundamente irracional, onírico, desde cuya perspectiva la literatura trascendente tiende a examinar los problemas últimos de la condición humana: la desdicha, la soledad, la muerte, atributos metafísicos concretos, que diría Sartre.

Sé que estoy enunciando una hipótesis extrema, expresando un sentimiento. A veces me han preguntado el porqué del abandono de otras cosas por la literatura. Y desconozco si los resultados justifican tan grandioso programa. Lo que sé es la necesidad de *esto* para evitar el suicidio o la locura.

En ocasiones he recibido textos de jóvenes que comenzaban a escribir y pretendían que los leyera. Solía preguntarles si les sería difícil vivir sin escribir y muchos me decían que no demasiado. Me interesan los otros, pocos, para los que gran parte de su vida consiste en escribir. Y les hablo, como lo hago ahora, de las cualidades morales del escritor: tenacidad, el huir de las modas, la lucha contra la facilidad que no debe confundirse con la vocación, etc.

Se puede tener talento o no, quién lo sabe. Para averiguarlo no existe fórmula alguna. Sólo la obra vocacionalmente conseguida lo determinará evidenciándolo. Y son pocos los que lo poseen. Pero es que no resulta necesario que todo el mundo escriba. ¿Para qué? Hay otros motivos para ser honrado. Se puede ser un buen médico, un buen abogado, es posible regentar una buena zapatería.

¿Por qué todo el mundo tiene que escribir? Es una de las cosas lamentables que a veces fomentan—tal vez no resulte adecuado decirlo ahora, que me hallo en una de ellas— las Facultades de Letras.

Pero es lógico, se entra en una Facultad y casi resulta obligado escribir como cuestión personal.

Volvamos a las condiciones morales del escritor. Quizá la más peligrosa sea la facilidad de escribir: es una tentación terrible. Es preferible cierta aspereza, cierta irregularidad. Estoy hablando, claro, de literatura de ficción: de novela, de teatro, de poesía. ¿Qué puede ser más irregular que César Vallejo, el gran poeta? A veces los papanatas, que abundan, creen ser falta de estilo lo que en realidad es un gran estilo. Cervantes fue acusado de escribir mal, lo que equivale a decir que Hegel no sabía pensar. Es el caso de Dostoievsky.

Pero ¿qué quiere decir escribir bien? Julien Green escribió un interesante *Diario*—que deberían leer los jóvenes interesados en escribir— donde se quejaba del aburrimiento que le producían ciertas obras de Flaubert—no hablo de *Madame Bovary*— donde todo parece un desfile de joyas. Pero nadie habla de joyas cuando habla de la vida o de la muerte. Los momentos de esplendor en la escritura son como las estatuas de una plaza, son necesarias zonas grises amplias para que resplandezcan los momentos del esplendor trágico de la belleza absoluta. Por eso, la actividad artística es infinitamente más heroica, más triste, más difícil que cualquier otra actividad. Hay que recibir tantos juicios equivocados, tantas trivialidades... Y es que falta la dimensión absoluta de los valores éticos y estéticos, en los que nunca he creído demasiado. ¿Cómo se puede afirmar que una novela es buena o mala, qué cánones utilizamos? Tan sólo el tiempo va colocando en su lugar las obras. Por eso soy partidario—y esto lo digo especialmente para los profesores de enseñanza secundaria— de no leer novedades. Dejemos pasar diez años, tiempo razonable para la decantación. En una ocasión hice una lista de cien libros para unas personas con las que ha-

blaba. De los cien, no habían leído noventa; pero estaban leyendo las últimas cosas aparecidas en los escaparates de las librerías.

En cuanto a mis propios libros, por los que me pregunta, publiqué tres novelas. Lo demás lo he destruido. Incluso *Sobre héroes y tumbas* estuvo a punto, también, de ser quemado. Y me preocupa llevar a ellos los tres o cuatro grandes temas de la existencia. ¿Para qué vivimos? ¿Qué sentido tiene la existencia? ¿Qué es el amor, qué la muerte? Escribo sobre ellos y desconozco el alcance de mi escritura. El ambiente y los personajes son argentinos, pero no sólo argentinos. Los problemas están centrados en los adolescentes, en un muchacho que busca lo absoluto espiritual y metafísico, mostrando, a la vez, que son problemas temporales y eternos. *Abbadón*, sobre todo, es una novela apocalíptica y plantea, de manera especial, los grandes dilemas del hombre en esta crisis total que vivimos.

Son temas y problemas profundos e inquietantes. Pero en todo caso, creo que la literatura—ya lo dije antes— libera, es catártica. A mí me ha salvado en no pocas ocasiones. En general, creo que la literatura mejora al hombre. A mí me ha cambiado. Pueden creer que, de haber escrito yo veinte o treinta novelas, ahora sería una buena persona. Hasta mis sueños han cambiado, para mejorar. Los sueños de mi adolescencia eran espantosos, casi insoportables. Ahora son más eufóricos, más apacibles. Siento que con la literatura, con la escritura de cada día, mi vida y mis sueños han evolucionado para mejorar.

Ernesto Sábato